

John Steinbeck

EL AUTOBÚS PERDIDO



El viaje sin retorno del sueño americano.

El accidentado viaje de un desastrado autobús rural entre las poblaciones de Rebel Corners y San Juan de la Cruz, en California, al término de la Segunda Guerra Mundial, se convierte en un magistral retrato de personajes y en un acerado estudio sobre los problemas centrales de todos los hombres en todas las épocas: la familia, el sexo, el amor, las ambiciones, las frustraciones y los anhelos... Lejos del sentimentalismo y la autocomplacencia, es un viaje interior hacia el corazón de unos viajeros perdidos en la decepción del sueño americano...

Capítulo I

A cuarenta y dos millas al sur de San Isidro, en una gran autopista que atraviesa California de Norte a Sur, existe un cruce de caminos que se denomina, desde hace unos ochenta años, Rebel Corners^[1]. Desde aquí, una carretera secundaria parte en dirección Oeste y, a las cuarenta y nueve millas, tropieza con otra autopista que, desde San Francisco conduce a Los Ángeles y, por supuesto a Hollywood. Todo el que desee ir desde el valle interior a la costa, por esta parte del Estado, ha de tomar la carretera que arranca de Rebel Corners hasta llegar, a través de cerros, campos de labranza, montañas y un pequeño desierto, a la ciudad de San Juan de la Cruz, en la autopista costera.

El nombre de Rebel Corners se remonta al año 1862. Se dice que una familia, de apellido Blanken, tuvo una herrería en el cruce. Los Blanken y sus yernos eran todos oriundos del Estado de Kentucky, pobres, ignorantes, engreídos y camorristas. Sin bienes y sin fortuna llevaron consigo sus prejuicios y sus ideas políticas. Aunque no tenían esclavos estaban decididos, sin embargo, a jugarse la vida por el libre principio de la esclavitud. Cuando estalló la guerra, discutieron la idea de atravesar los infinitos espacios del Oeste a fin de incorporarse para combatir en pro de la Confederación. Pero la distancia a recorrer era grande en exceso. De esta manera, en California —que abogaba por los Estados del Norte— los Blanken secesionaron de la Unión ciento

sesenta acres y una herrería y unieron Blanken Corners a la Confederación. También se dice que cavaron trincheras y que en la herrería arreglaron unos fusiles con objeto de defender aquella isla de rebeldía contra los yanquis odiados. Y éstos, que en su mayoría eran mejicanos y alemanes, irlandeses y chinos, lejos de atacar a los Blanken se sentían, hasta cierto punto, orgullosos de ellos. Puede decirse que nunca vivieron tan bien como entonces porque el enemigo les llevaba pollos, huevos y longanizas, en la época de la matanza; todos opinaban, sin hacer distinciones de la causa que defendían, que el valor que demostraban era digno de aprecio. Desde entonces, el lugar recibió el nombre de Rebel Corners, que ha conservado hasta nuestros días.

Al acabar la guerra, se hicieron perezosos y se llenaron de odios y resentimientos —como les sucede a todas las naciones derrotadas— y la gente, cuyo orgullo por ellos desapareció con el conflicto, dejó de llevar los caballos para que los herrasen y los arados para que los arreglaran. Al fin, lo que los ejércitos de la Unión no hicieron por la fuerza de las armas, lo realizó el primer Banco Nacional de San Isidro en virtud de juicio hipotecario.

Ahora, al cabo de más de ochenta años, la gente apenas recuerda nada de ellos, excepto que eran orgullosos y antipáticos. Con el transcurso del tiempo, aquel lugar cambió muchas veces de dueño antes de incorporarse al imperio de un rey de la Prensa. La herrería se incendió, se volvió a edificar y ardió de nuevo; lo que quedó se convirtió en garaje con surtidores de gasolina y después en un conjunto, de almacén, restaurante, garaje y estación de servicio. Cuando Juan Chico y su mujer compraron todo aquello y consiguieron el permiso para explotar un coche de pasajeros entre Rebel Corners y San Juan de la Cruz, el conjunto se amplió con una estación de autobuses. Los Blanken rebeldes, con todo su engreimiento, su grosería y su indolencia han desaparecido de la faz de la tierra y nadie recuerda

su aspecto. Pero Rebel Corners es un lugar muy conocido y los Chicoy disfrutaban de generales simpatías.

Había un comedorcito detrás de los surtidores de gasolina, con un mostrador, unos taburetes redondos y fijos y tres mesas para los que desearan comer con cierta comodidad. Estas mesas no se empleaban mucho porque era costumbre entregarle una propina a *Mrs. Chicoy* cuando las servía, pero no cuando servía al cliente en el mostrador. Detrás de este mostrador, en el primer estante, había bollos, caracoles y buñuelos; en el segundo, conservas, naranjas y plátanos; en el tercero, paquetes de harina de diversos cereales. Había una parrilla en un extremo del mostrador; al lado, un vertedero y, cerca de éste, espitas de cerveza y soda. Encima del mostrador, entre los recipientes de servilletas de papel se exhibían unas tartas protegidas con unas tapaderas de material plástico. Las paredes, donde había sitio, estaban adornadas con almanaques y carteles que lucían estampas de hermosas muchachas un tanto irreales, de pecho firme y exuberante y de caderas escurridas. Alice Chicoy, la mujer de Juan Chicoy, que trabajaba entre aquellas deslumbrantes muchachas, era de amplias caderas, y de pecho hundido; al andar se apoyaba firmemente en los talones. No se sentía nada celosa de las chicas de los calendarios ni de las que figuraban en los anuncios del Coca-Cola. Nunca vio en la vida real a ninguna como aquéllas y no creía que existieran. Freía los huevos, calentaba las conservas, tiraba cerveza y al anochecer, los pies le comenzaban a doler y se sentía molesta e irritada. Con el pasar de las horas, el pelo se le desrizaba y le caía mustio y flácido; al principio se lo echaba a un lado con la mano, pero al final terminaba por apartarlo de sus ojos con un soplo.

Junto al comedor estaba el garaje, con el techo y las vigas todavía ennegrecidos por el hollín de la vieja herrería. Aquí era donde Juan Chicoy tenía su campo de acción, cuando no guiaba el autobús entre Rebel Corners y San

Juan de la Cruz. Era un hombre de buena planta, en parte mejicano y en parte irlandés; tendría unos cincuenta años, ojos negros, abundante pelo y cara morena de agradables facciones. *Mrs. Chicoy* experimentaba hacia él un amor frenético y, al propio tiempo, un poco de temor porque era todo un hombre y hombres enteros no existen muchos, como llegó a comprobar.

En el garaje, Juan Chicoy arreglaba los pinchazos de los neumáticos, quitaba la suciedad a los carburadores obstruidos, colocaba diafragmas nuevos en las bombas de gasolina y, en resumen, hacía todas esas pequeñas cosas que las personas propietarias de automóviles ignoran. A estas actividades se dedicaba, excepto desde las diez y media a las cuatro. Era entonces cuando guiaba el autobús, transportando a los viajeros que los grandes autocares «*Greyhound*» dejaban en Rebel Corners, a San Juan de la Cruz y viceversa.

Mientras estaba de viaje, sus tareas del garaje las realizaban muchachos mayores o jóvenes que eran, más o menos, aprendices. Ninguno duraba mucho tiempo. Los clientes que no estaban sobre aviso, al acudir con los carburadores sucios, no podían sospechar las tremendas chapuceñas de que eran capaces aquellos aprendices. Juan Chicoy era un mecánico excelente pero sus aprendices, por lo general, eran adolescentes descarados que pasaban el tiempo, entre un trabajo y otro, colocando monedas falsas en la máquina tragaperras del comedor o disputando con Alice Chicoy. La oportunidad llamaba sin cesar a aquellos jóvenes y les atraía cada vez más al Sur, hacia Hollywood, donde sin duda acabarían por congregarse todos los adolescentes del mundo.

Detrás del garaje había dos cobertizos anejos, en uno de los cuales se leía un rótulo que decía: *Caballeros* y, en el otro, *Señoras*. Sendos senderillos que partían de cada lado del raje, conducían a cada uno de los cobertizos.

Lo que daba carácter a Rebel Corners y lo que le hacía visible desde varias millas entre los campos cultivados eran los grandes robles blancos que crecían entre el garaje y el restaurante. Altos y graciosos, revestidos de alegre verdor en el verano y tristes y pensativos en el invierno, los robles eran como hitos en el valle largo y llano. Nadie sabía si los Blanken los plantaron o si se limitaron a establecerse cerca de ellos. Esto último parece lo más lógico; en primer lugar porque no se tiene noticia de que aquéllos plantaran algo que no pudieran luego comer y porque los árboles parecían tener más de ochenta años. Acaso alcanzaban los doscientos; por otra parte, sus profundas raíces debían nutrirse en alguna corriente de agua subterránea que los hacía crecer y conservarse lozanos en aquel terreno semidesértico.

Aquellos grandes árboles prestaban su sombra a la estación durante el verano, de manera que los viajeros se detenían con frecuencia bajo ellos para comer y para que se enfriaran los motores recalentados. La propia estación era también agradable, pintada de verde y rojo, con geranios en torno al restaurante. La arenilla blanca, enfrente y alrededor de los surtidores de gasolina se rastrillaba y se regaba diariamente. En el restaurante y en el garaje reinaban el orden y el método. Por ejemplo, en los estantes del restaurante los botes de conserva, los paquetes de harina de cereales, y hasta los racimos de uva estaban dispuestos en pequeñas pirámides: cuatro en la base, luego tres, luego dos y uno encima de todos. Lo mismo se podía decir de las latas de petróleo en el garaje. Las ventanas del restaurante estaban protegidas para impedir el paso de las moscas y la puerta se cerraba por sí sola, de golpe, después que alguien entraba o salía. Porque Alice Chicoy odiaba a las moscas. En un mundo que no comprendía ni soportaba con facilidad, las moscas constituían para ella la desgracia final y más refinada. Las aborrecía con todas las fuerzas de su alma y la muerte de una a consecuencia de un golpe o atra-

pada en la goma de las tiras de papel dispuestas al efecto, la llenaba de una profunda satisfacción.

De la misma manera que con Juan se renovaban los jóvenes aprendices que le ayudaban en el garaje, ella contrataba a una muchacha tras otra para que la auxiliara en el comedor. Aquellas muchachas, desmañadas, románticas y poco agraciadas —las bonitas, por lo general se marchaban con cualquier cliente a los pocos días— no daban la impresión de que trabajaran mucho. Quitaban el polvo con paños mojados, soñaban con las revistas de cine, suspiraban junto a la máquina tragaperras, y la más reciente tenía los ojos irritados, un catarro continuo y escribía cartas largas y apasionadas a Clark Gable. Alice Chicoy sospechaba que todas dejaban que entrasen las moscas. Norma, como se llamaba esta muchacha, había ya oído muchas veces sus acres advertencias a este respecto.

La rutina de Rebel Corners por la mañana era invariable. Con las primeras luces del día y aun antes, en invierno, se abría el comedor. Alice calentaba el café y el restaurante estaba ya tibio y alegre cuando los primeros chóferes de los camiones se detenían a la puerta para tomar el desayuno. Tras ellos acudían los viajantes de comercio, que marchaban, presurosos, a las ciudades del Sur para no perder un momento en sus negocios. Solían detenerse donde veían camiones parados porque existe la creencia general de que los chóferes de tales vehículos conocen mejor que nadie los mejores restaurantes de la ruta. Al salir el sol comenzaban a presentarse los primeros turistas en sus coches propios, los cuales paraban para desayunar y pedir informes de la ruta.

Los que provenían del Norte no interesaban gran cosa a Norma; por el contrario, los procedentes del Sur o los que llegaban por el atajo de San Juan de la Cruz la fascinaban. En cuatro meses, conoció personalmente a quince personas que estuvieron en Hollywood, a cinco que habían intervenido e películas, y a dos que vieron frente a frente a Clark

Gable. Inspirada por estos últimos, que llegaron casi seguidos, escribió una carta de seis hojas que comenzaba: «Querido míster Gable». Y terminaba: «Con todo afecto, una amiga». Con frecuencia, al pensar que míster Gable podía descubrir la personalidad de la remitente, se echaba a temblar.

Era una chica fiel. Allá el que las otras, casquivanas, corrieran tras los advenedizos: los Sinatra, los Van Johnson, los Sonny Tufts. Aun durante la guerra, cuando no se proyectaron películas de Gable, le fue fiel y alimentaba sus sueños con una foto del galán en la que aparecía vestido de aviador y con dos cintas de munición del calibre 50 por encima de los hombros.

Con frecuencia se burlaba de Sonny Tufts. Le gustaban hombres de más edad con cara interesante. A veces, cuando pasaba el paño húmedo por el mostrador, sus ojos, soñadores, se volvían a la puerta y luego los cerraba por un momento. Era entonces cuando en el secreto jardín de su mente, Gable acababa de entrar y, al verla, se quedaba un momento parado, con los labios entreabiertos y una expresión en los ojos indicadora de que aquélla era la mujer de sus sueños. Y, en torno a él, las moscas entraban y salían impunemente.

Su imaginación no pasaba de ahí. Era demasiado tímida. Además, no sabía cómo se hacían ciertas cosas. Sus únicas experiencias amorosas se habían limitado a una serie de forcejeos, en el asiento posterior de un auto, para conservar sus vestidos en su sitio. Hasta la fecha, había conservado su virtud por una simple persuasión. Estaba convencida de que míster Gable no sólo no hacía cosas semejantes, sino que le desagradaba enterarse de ellas.

Llevaba el traje de labor *bocetado*^[2] por la *National Dollar Stores* aunque, por supuesto, poseía un vestido de satín para las fiestas. Pero, si se examinaba de cerca, siempre se encontraba algún detalle de adorno aun en el traje de faena. Su broche mejicano de plata, que representaba la pie-

dra del calendario azteca, lo heredó de su tía, a la que cuidó durante siete meses. Tenía también, de su madre, un collar de pequeñas cuentas de ámbar. Nunca lucía, al mismo tiempo, el collar y el broche. Aparte de todo esto, poseía dos anillos de fantasía. En el fondo de su maleta, guardaba una alianza con baño de oro y una sortija con un gran diamante falso que le costaron, en conjunto, cinco dólares. Únicamente se las ponía cuando se iba a la cama. Por las mañanas se las quitaba y las metía en la maleta. Nadie sabía que las tuviera. En la cama se dormía dándoles vueltas en el anular de la mano izquierda.

La instalación de los dormitorios en Rebel Corners era muy sencilla. Detrás del comedor había un colgadizo. Una puerta, a un extremo del mostrador, daba al dormitorio de los Chicoy que encerraba una cama de matrimonio, una radio de consola, dos sillones tapizados, un sofá convertible en lecho y una lámpara metálica con una pantalla de vidrio verde. La habitación de Norma daba al cuarto de aquéllos porque, de acuerdo con las teorías de Alice, había que vigilar un poco a las jóvenes para que no se desmandaran. Para ir al cuarto de baño, Norma tenía que pasar por el dormitorio de ellos o salir por la ventana, cosa que hacía por lo general. La habitación del aprendiz del mecánico estaba junto a la de los Chicoy, pero al otro lado poseía una entrada exterior independiente. Era aquél un bonito grupo de edificios. El Rebel Corners de la época de los Blanken fue un lugar miserable y sucio, pero los Chicoy prosperaron aquí. Había dinero en el banco y cierto grado de seguridad y dicha.

Desde una distancia de millas se divisaba aquella isla cubierta con corpulentos árboles. No había necesidad de buscar ningún letrero en el camino para encontrar Rebel Corners y la carretera a San Juan de la Cruz. En el gran valle, los campos de trigo se prolongaban hacia el Este, hasta el pie de la colinas y las altas montañas; hacia el Oeste, morían más cerca, en los cerros curvos donde los robles se

agrupaban formando grandes manchurroneos oscuros. En el verano, cuando las colinas se cocían bajo el sol despiadado, la fresca sombra de los árboles de Rebel Corners era algo delicioso y acogedor. En el invierno, en la época de las grandes lluvias, el restaurante era un lugar caliente, donde se podía tomar café y bollos.

En primavera, cuando la hierba verdeaba en los campos y al pie de las colinas, cuando los altramuces y las amapolas llenaban la tierra de vivos y espléndidos colores, cuando los grandes árboles se cubrían de hojas frescas verde-amarillas, no había en el mundo sitio más delicioso. No poseía esa belleza que acaba por desaparecer a fuerza de contemplarla. Se vivía todo el día bajo su sortilegio. El suave perfume de los altramuces y de la hierba aceleraban la respiración en un anhelo casi sexual. Y fue en esta estación de florecimiento y exuberancia vital cuando Juan Chicoy, antes de las primeras luces del alba, salió hacia el autobús con una linterna eléctrica. Pimples Carson, el aprendiz, medio dormido, iba tras él.

Las ventanas del comedor estaban todavía sin luz. Sobre las colinas de oriente no se percibía ni la más leve insinuación de la alborada. Era tan de noche que las lechuzas chillaban todavía sobre los campos. Juan Chicoy se acercó al autobús que estaba frente al garaje. A la luz de la linterna parecía un gran dirigible con ventanas de plata. Pimples Carson, más dormido que despierto, con las manos metidas en los bolsillos, temblaba de sueño, no porque hiciera frío.

Capítulo II

LA linterna eléctrica iluminaba tan sólo piernas, pies, neumáticos y troncos de árboles. Oscilaba y se movía, y la pequeña lámpara incandescente emitía una luz cegadora de tono blanco-azul. Juan Chicoy fue con la linterna al garaje, sacó un manojo de llaves del bolsillo del mono, abrió con una de ellas el candado y abrió de par en par las puertas. Encendió la luz del local y apagó la linterna.

Cogió un gorro de mecánico de la banqueta de trabajo. Encima del mono llevaba una chaqueta negra. Los zapatos eran de punta redondeada, con suela muy gruesa. Una antigua cicatriz en la mejilla, junto a su larga nariz, se destacaba como una sombra bajo la luz del techo. Se pasó los dedos por el abundante cabello negro para que todo él encajara dentro de la gorra. Tenía las manos pequeñas, anchas y robustas, con los dedos y las uñas estropeados por el trabajo. El tercer dedo de su mano izquierda había perdido la primera falange y por el lugar de la amputación la carne se le había ensanchado, al igual que la cabeza de un hongo diminuto. Aquella excrescencia era de una contextura diferente a la del resto del dedo, en el cual llevaba una alianza de oro como si aquel dedo, inútil para el trabajo, lo empleara únicamente como adorno.

Por un bolsillo del mono le asomaban un lápiz, una regla y un manómetro para los neumáticos. Estaba bien afeitado, aunque no del día anterior. Sus ojos negros miraban un poco de soslayo, con expresión satisfecha, igual que el

que fuma y no se puede quitar el cigarro de la boca. La suya era carnosa, con el labio inferior ligeramente saliente, no en gesto de petulancia, sino de humor y aplomo; el superior lucía, hacia la parte izquierda, una profunda cicatriz de tono blanquecino. Sus orejas no eran muy grandes, pero le sobresalían de la cabeza como conchas marinas, en la posición del que las adelanta con las manos para oír con mayor claridad. La verdad es que parecía estar escuchando constantemente mientras que su mirada soslayadora parecía reírse de todo lo que oía al tiempo que la mitad de su boca, por otra parte, lo desaprobaba. Sus movimientos eran seguros, aunque no hiciera nada que requiriera seguridad. Andaba como si se dirigiera a algún lugar concreto. Manejaba las manos con rapidez y precisión y nunca jugueteaba con cerillas o con clavos. Sus dientes eran largos con bordes ribeteados de oro, lo cual prestaba a su sonrisa cierta expresión feroz.

Junto a la banqueta de trabajo cogió algunas herramientas colgaban de clavos en la pared y las metió en una caja larga. A su lado, Pimples Carson, todavía soñoliento, se apoyaba, de codos en la madera grasienta de la banqueta. Éste vestía un jersey sucio y roto. Era un muchacho delgado de diecisiete años, de miembros estrechos, nariz larga y rojiza y ojos claros por la mañana, los cuales, con el transcurso de las horas, adquirían un tinte verde oscuro. En las mejillas le crecía una pelusilla dorada y la cara la tenía llena de huellas, señales y cicatrices de granos. Entre las más viejas se formaban nuevas pústulas, púrpuras y rojas. La piel le brillaba a causa de las medicinas que tomaba para combatir los granos y que no le hacían ningún efecto.

Llevaba muy ceñidos los pantalones azules. Le estaban tan largos que tenía que recogérselos por abajo. Se los ataba a la cintura con un cinturón de cuero de pesada hebilla de plata. Siempre procuraba mantener las manos a lo largo del cuerpo, pero, sin quererlo, los dedos se dirigían a su cara torturada hasta que se daba cuenta de lo que hacía y ba-

jaba de nuevo las manos. Escribía a todas las casas que anunciaban la cura de granos y visitó a muchos médicos que sabían que no podían curarle aunque estaban convencidos de que le desaparecerían al cabo de unos pocos años. Sin embargo, le recetaban pomadas y lociones, y uno incluso le indicó una dieta a base de verduras.

Tenía los ojos largos y estrechos, como los de un lobo, al entornarlos, y en aquellas primeras horas de la mañana, las legañas casi le imposibilitaban la visión. Evidentemente era un dormilón prodigioso. Dejado a su antojo, sería capaz de dormir todo el día. Su organismo y su alma era un campo de batalla —especialmente violento— en el que se debatía su adolescencia. Su concupiscencia era constante, y cuando no adquiría un tinte franco y directamente sexual, se encaminaba por las sendas de la melancolía, de un sentimentalismo profundo y lacrimoso, de una religiosidad fuerte y sensiblera. Sus emociones y su cerebro se parecían a su rostro, siempre en constante erupción, siempre en carne viva e irritado. A veces pasaba por temporadas de violenta pureza, cuando le indignaba su propia depravación; estas temporadas terminaban, por lo general, en una pereza melancólica que le dejaba deprimido por completo; y de la depresión desembocaba en el sueño. Un sueño pesado y agotador, como el producido por una droga.

Aquella mañana calzaba unos zapatos en los pies desnudos, y los tobillos, que se le veían bajo los pantalones recogidos, mostraban una piel sucia. En sus períodos de depresión no se preocupaba en asearse, ni siquiera en comer más que lo imprescindible. En pie y con expresión absorta contemplaba a Juan Chicoy mientras éste metía las herramientas en la caja. Pimples no podía sacudirse el sueño que le invadía.

—Trae hasta aquí la luz del cordón largo —dijo Juan—. ¡Vamos, Pimples! ¡Despierta de una vez!

Pimples al escucharle pareció estremecerse como un perro.

—No sé qué me pasa... —murmuró.

—Bueno, trae la luz y, de paso, el tablero. No podemos perder tiempo.

Pimples agarró una bombilla que había dentro de una caja y comenzó a desenrollar un largo cordón. Introdujo el extremo en un enchufe, cerca de la puerta, y la bombilla se encendió. Juan agarró la caja de herramientas, salió al exterior y miró el cielo ensombrecido. El viento había cambiado. Una leve brisa agitaba las hojas frescas de los robles y correteaba entre los geranios. Era un airecillo titubeante y húmedo, que olfateó como si se tratara de una flor.

—Lo único que nos faltaba ahora es que lloviera —comentó.

Hacia el Este se comenzaba a percibir la silueta de las montañas con las primeras luces de la alborada. Pimples salió con la bombilla encendida mientras el cordón se retorció tras él, en el suelo. La luz eléctrica iluminó los grandes árboles y se reflejó en las hojas verde-amarillas de los robles. Llevó la bombilla hasta el autobús y retornó al garaje en busca del tablero, con ruedecillas en la parte inferior, en el que se tumbaban los mecánicos para trabajar bajo los autos. Lo dejó al lado del vehículo.

—Sí, parece que va a llover —dijo—. Es propio de la estación.

—Yo no me quejo de la estación —repuso Juan—, pero sí de esta corona estropeada y los viajeros esperando y el suelo encharcado por la lluvia.

—A las cosechas les viene bien... —observó Pimples.

Juan se detuvo y se volvió para mirarle. Sus ojos chispearon con ironía.

—Desde luego...

Pimples, avergonzado, apartó la mirada.

A la luz de la bombilla, el autobús presentaba un aspecto extraño y de impotencia; en el lugar de las ruedas traseras había dos pesados gatos sobre los que descansaba la parte posterior del vehículo.